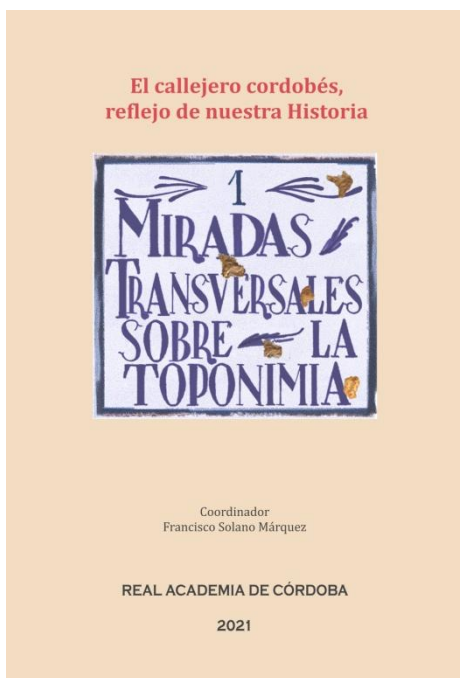


MÁRQUEZ, FRANCISCO SOLANO (COORD.): *EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA, 1, MIRADAS TRANSVERSALES SOBRE LA TOPONIMIA*, COLECCIÓN T. RAMÍREZ DE ARELLANO, X, CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 2021, 422 PÁGS.

Rosa Luque Reyes  
Académica Correspondiente

**E**l callejero de una ciudad siempre acaba siendo el fiel espejo en el que esta se mira. Como tal, da cuenta de sus hechos históricos, de su tejido productivo y de sus figuras destacadas —que a veces lo mismo entran que salen del nomenclátor llevadas por los vientos políticos—; en definitiva, narra su evolución social. Así queda plasmado desde el mismo epígrafe en la primera entrega —están previstas otras dos— del ciclo *El callejero cordobés, reflejo de nuestra historia*, cuyo coordinador general es José Manuel Escobar Camacho, académico numerario. El volumen, encauzado con acierto y buen pulso por el académico correspondiente y periodista

Francisco Solano Márquez Cruz, forma parte de la colección «Teodomiro Ramírez de Arellano» de la Real Academia, y abarca diversas *Miradas transversales sobre la toponimia*. Un título resuelto con ingenio en la portada a modo de rótulo sobre cuadrado azulejo orlado en azul, como si de la tipografía antigua de una calle cordobesa se tratara, debido a F. Román Morales. Tan conseguida portada anticipa el perfume de las 422 páginas que llegan a continuación: rigurosa erudición envuelta en exce-



lente traza literaria y amenidad, lo que convierte su lectura en un placer apto para todo el que quiera profundizar en el alma de Córdoba y, de camino, pasar un buen rato.

Los diez trabajos que contiene el volumen corresponden a las ponencias, ampliadas para su publicación como suele ocurrir con todos los ciclos académicos, que se expusieron en las jornadas del mismo título. Se celebraron las mismas, con gran aceptación del público —se ve que los asuntos del callejero concitan gran interés—, entre el 1 y el 8 de junio de 2021 en el salón de actos de la Caja Rural del Sur, cuya fundación patrocinó esta actividad organizada por la Fundación Pro Real Academia de Córdoba. Abre el libro un prefacio a cargo de José Cosano Moyano, en el que el presidente de la Academia traza una síntesis histórica del origen del callejero a través de distintas civilizaciones y culturas. Le sucede un prólogo del coordinador de la obra, que anuncia la perspectiva multidisciplinar escogida por los autores en la decena de textos compilados, enfoques diversos que se aúnan para ensanchar el horizonte de estudio en una rica armonía de matices. Y es que, tal como apunta Francisco Solano Márquez, se trata de explorar «el origen y significado de los innumerables personajes, hechos históricos y circunstancias diversas que han ido inspirando a lo largo de los siglos, a partir de la conquista cristiana, los nombres de calles y plazas del actual casco urbano de Córdoba». Enclaves ciudadanos que, según recuento exhaustivo de Márquez Cruz, se aproximan a los dos mil. Todos ellos quedan recogidos en un apéndice final a la manera de útil listado donde se indica el barrio al que pertenece cada sitio señalado. Una forma práctica y rápida de pasear por Córdoba al primer golpe de vista y sin movernos del asiento.

En el primero de los escritos, «De palabra a lugar. Callejero y toponimia como referentes geográficos», el geógrafo y académico numerario —correspondiente cuando se imprimió la obra— Bartolomé Valle Buenestado aporta con fina mirada indicaciones sobre el nuevo significado y utilidad del callejero. A su juicio, este no se concibe hoy como repertorio de nombres de calles sino como una información que forma parte del imaginario colectivo, como una percepción que atrapa el espacio urbano y se proyecta sobre él transformándolo. Este espacio urbano está jerarquizado social y funcionalmente y en el caso de Córdoba ha experimentado transformaciones sin precedentes a partir del Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) de 1986 y del de 2001, sobre todo de este último, que apostó por un nuevo modelo de ciudad, «expansiva y de centralidades periféricas». Para Valle Buenestado las nuevas toponimias ya no designan solo un lugar, sino que etiquetan con múltiples connotaciones (físicas, ambientales, sociales, económicas y espaciales) el territorio, al cual vecinos y potenciales residentes le asignan, según el profesor, valor y apetencias que varían en fun-

ción del mercado. Se trata de un callejero sobreimpuesto al plano y al espacio que incorpora personajes y nombres inspirados por la política y la ideología, un proceder, lamenta, que ha devenido en la banalización de la toponimia. En consecuencia, muchos ciudadanos no la hacen suya, y, en un ejercicio de desafección, prefieren referirse a los barrios con el nombre del centro comercial o principal reclamo que los ocupa. Valle acaba invitando al replanteamiento de los estudios de Geografía Urbana con métodos que ofrezcan una lectura diferente a la tradicional.

El segundo capítulo da cuenta de una «Breve historia, origen y evolución del callejero cordobés», y lo firma el académico numerario José Manuel Escobar Camacho. Aparte de un completo análisis de los primeros topónimos conocidos y su evolución en el tiempo, el historiador, toda una autoridad en urbanismo bajomedieval, redondea su estudio, basado en fuentes documentales e historiográficas, con una curiosa relación descriptiva de calles y plazas tal como eran nombradas en la ciudad entre los siglos XIII al XV, agrupadas por collaciones, y su correspondencia con el callejero actual. Precisamente en esas centurias la ciudad comienza a adaptarse a la vida de sus nuevos habitantes, y en tal sentido Escobar recuerda que el inicio de esa novedosa configuración de la imagen urbana, que aún perdura con ligeras modificaciones, se remonta a la conquista de Córdoba a los musulmanes en 1236 por las tropas castellano-leonesas de Fernando III, lo que implicó que Córdoba pasara de ser ciudad islámica a cristiana. Una circunstancia que sacudió el pulso ciudadano y tuvo rápido reflejo en el trazado viario y en las gentes que lo poblaban. Muchos de esos topónimos han llegado a nuestros días; a otros, al perder su valor referencial e identitario primitivo, se los tragó la niebla del tiempo, siendo sustituidos paulatinamente por nombres sugeridos por circunstancias y personajes de cada momento.

En el tercer capítulo, Francisco Solano Márquez Cruz aporta con transparente y eficaz lenguaje periodístico un original enfoque del tema. O mejor dicho tres, tal como anuncia desde el título de su trabajo: «Aritmética, curiosidades y crítica del callejero cordobés». Empezando por la tercera parte de su exposición, periodísticamente la más llamativa, diremos que el autor, poseedor de una incisiva mirada y una paciencia infinita, descubre tras un tenaz estudio del callejero cosas como que existen en él personajes repetidos o falta de criterios claros y estables para rotular calles, sin que falten sugerencias al Ayuntamiento como la constitución de un órgano asesor, la conveniencia de un manual de estilo o más información en las placas. En cuestión de aritmética se explaya con los números, y concluye que el casco urbano comprende 62 barrios consolidados más 8 en desarrollo, agrupados en 8 distritos que totalizan unas 1940 calles, plazas y otras vías. La segunda parte es un auténtico regalo para los aficionados a la ave-

riguación y la anécdota, con observaciones como el incremento de nombres de mujer, cambios de índole ideológica y sus correspondientes bailes según los gobernantes de turno, o nombres insólitos hoy desaparecidos. En suma, un catálogo de curiosidades que da que pensar.

Fernando López Mora, académico correspondiente e historiador, propone «Nombrar la calle como lugar de memoria: una construcción de la identidad urbana contemporánea». No elude el autor aspectos polémicos como los generados en torno a propuestas de cambiar el nombre de lugares emblemáticos como Cruz Conde, Vallellano y plaza de Cañero. Valiéndose de referencias a notables pensadores que han considerado la calle como una cartografía de la memoria colectiva, López Mora describe la riqueza del tapiz urbano como ventana de identidades populares, pero también de tensiones políticas, dibujo del discurso oficializado y testigo de la riquísima vida política, social y cultural de nuestras ciudades.

En un documentado trabajo de tono historicista, el académico correspondiente y periodista Jesús Cabrera Jiménez se extiende sobre los «Procedimientos y normativa municipal para rotular calles» que han regido desde mediados del siglo XIX, cuando se detecta la necesidad de poner orden tanto en el nombre de las calles como en la numeración de las casas. Así, se remonta al año 1853 en que Francisco de Borja Pavón y Luis Ramírez de las Casas-Deza señalaron tres grupos de calles determinados por las geografías física y humana y los nombres simbólicos emparentados con ideas, hechos y personas destacadas. Y llega hasta el año 2008, cuando el Ayuntamiento de Córdoba aprueba la ordenanza que desde entonces sistematiza estas cuestiones. Con ella, señala el autor, se cierra un ciclo de más de 150 años no exento de roces en cada momento histórico, pues el callejero ha sido «un campo de batalla» donde los poderes públicos gustan de mantener pulsos por abrir la toponimia a personajes e ideas afines, en un quita a los tuyos para que yo ponga a los míos. Así se escribe la historia.

Manuel A. García Parody, académico correspondiente e historiador, propone en su trabajo «Recuperar la memoria del pasado en las calles de Córdoba». Lo hace a través de topónimos de políticos destacados a lo largo de la historia, desde prohombres romanos, visigodos y omeyas a ministros y alcaldes, de los que traza una síntesis biográfica, señalando en ocasiones la zona urbana escogida para rendirles tributo. Tal es el caso de los alcaldes cordobeses del siglo XX, recordados en calles de Ciudad Jardín y alrededores. Del análisis del nomenclátor cordobés, el historiador concluye que pese a los cambios introducidos en el periodo democrático, «se mantiene el tratamiento desigual» recibido por personalidades de la política, frente a la presencia «más digna» de escritores y artistas. Y acaba sugiriendo que la

Academia reclame al Ayuntamiento mayor información en las placas sobre las grandes figuras que honra en su callejero, recomendación en la que coincide con autores de otros capítulos.

Francisco Román Morales, licenciado en Geografía e Historia, dibuja la «Memoria en azulejos de antiguos topónimos», siguiendo la evolución de la toponimia del casco histórico a través de estas piezas de cerámica. Román identifica hasta 326 azulejos, reflejo de «la Córdoba del ayer», que estudia dividiéndolos en cinco grupos: la topografía, elementos del urbanismo, los hagiotopónimos que muestran la mano de la Iglesia, la actividad productiva y las gentes de Córdoba. Expone además el autor, con amplia casuística siempre, que en su deambular por la ciudad ha descubierto que otros azulejos ofrecen información complementaria tal como la numeración de las antiguas manzanas, o bien dan pistas de la propiedad de los inmuebles o incluso de la religiosidad de sus moradores. Cierra el capítulo un muy elaborado plano donde se diferencian estos grupos por colores, facilitando su emplazamiento.

Por su parte, el investigador de Historia local Juan Galán Ruiz de Adana centra su aportación al libro en «El Archivo Municipal, fuente de estudio para el callejero cordobés». Un tema que conoce bien, ya que lleva investigándolo desde 1992 con el objetivo de rehacerlo —se explica en una nota del editor a pie de página— y registrar tanto los cambios políticos como su constante crecimiento. Su base de datos reunía en el momento de la publicación del trabajo —breve anticipo de una obra enciclopédica que aspira a publicar más adelante— 2.190 fichas del casco urbano y más de 600 de las pedanías, a las que hay que añadir otras 5.000 fichas temáticas con recortes de la prensa local. Esta es una de sus fuentes junto a las actas municipales —las ha consultado desde 1808 hasta 1992—; informes de los cronistas oficiales, que eran asesores del pleno en esta materia hasta 1979; notificaciones y planos. Para Galán, el Archivo Municipal es «la única fuente fidedigna de datos administrativos», aunque matiza que la biografía de los personajes, el porqué de los topónimos adjudicados y quién hace la petición raramente se conservan, ya que el Ayuntamiento no suele sentirse obligado «a dar explicaciones ni justificar» los nombres.

Antonio Varo Pineda, catedrático de instituto jubilado, se extiende sobre «Los legados romano, musulmán, judío y cristiano en la toponimia callejera» estudio que arranca con varias matizaciones ilustradas con ejemplos. La primera es que el hecho de que una vía pública cordobesa lleve un nombre asociado a nuestra herencia cultural no implica una vinculación real con la historia de la ciudad, pues a veces se deriva de «intereses y compadreo políticos». Por otro lado, hay nombres que podrían formar

parte de más de uno de esos legados y, en cuanto al cristiano, apunta el profesor que es el más frecuente en el nomenclátor, mientras que escasean las referencias judías. Más presencia tiene la huella romana, aunque no tanta como cabría esperar, se queja el profesor, de una civilización que aportó a Córdoba el privilegio de ser Colonia Patricia y capital de la Bética. Algo que parece haberse olvidado a la hora de rotular la plaza de las Tres Culturas, que excluye a la que dio figuras como Séneca, Lucano y Claudio Marcelo. En cuanto al legado musulmán, según Varo Pineda, sale mejor parado tanto en nombres propios como geográficos u otros referidos a la botánica, el comercio y la agricultura. Por último, Varo sugiere al Ayuntamiento que unifique los criterios de transcripción de los nombres árabes y que, en lo sucesivo, aporte información sobre las personas que elija para rotular las calles, evitando que, como ahora, muchas sean desconocidas para el ciudadano común.

Cierra el libro un excelente y oportuno estudio de María José Porro Herrera, académica numeraria, en torno al «Callejero femenino cordobés: motivación de unos cronotopos», entendidos estos como una unidad indisoluble de tiempo-espacio que la profesora asocia a signos comunicativos que dan cuenta de cómo respira la sociedad en cada momento. En su trabajo, la catedrática de Literatura Española jubilada despliega un alto nivel conceptual, sin olvidar la vertiente práctica, pues lo enriquece con la relación biográfica, a modo de apéndice, de los 232 nombres femeninos que figuran hoy en nuestro callejero. Porro deduce de su investigación sobre los rótulos dedicados a mujeres que se hace presente en el nomenclátor el peso de una sociedad confesionalmente católica hasta bien entrado el siglo XX. Pero esta inclinación cambia en su último tercio y en lo que va de la presente centuria, pues parece tenerse en cuenta, afirma la autora, motivaciones distintas en torno a ideologías progresistas o de izquierdas, siguiendo propuestas provenientes en su mayoría de las asociaciones vecinales. Un hecho especialmente llamativo a partir de 2018, cuando en cumplimiento de la Ley de Memoria Histórica han aparecido en el callejero nuevos nombres femeninos. A veces a costa de quitar denominaciones masculinas, ante lo que Porro Herrera se muestra en desacuerdo ya que con este proceder, alerta la profesora, podría entenderse que la imagen de la mujer no ha perdido totalmente el valor de moneda de cambio.

En definitiva, estamos ante un excelente libro, de altas miras académicas dada la calidad de los trabajos que lo integran y la talla intelectual de sus autores. Una obra que además regala alicientes sobrados para incentivar el interés por el callejero, su gran historia y sus pequeños secretos, a la vez que anima al paseo por Córdoba. De seguro su lectura hará desear la pronta salida de las dos entregas restantes.